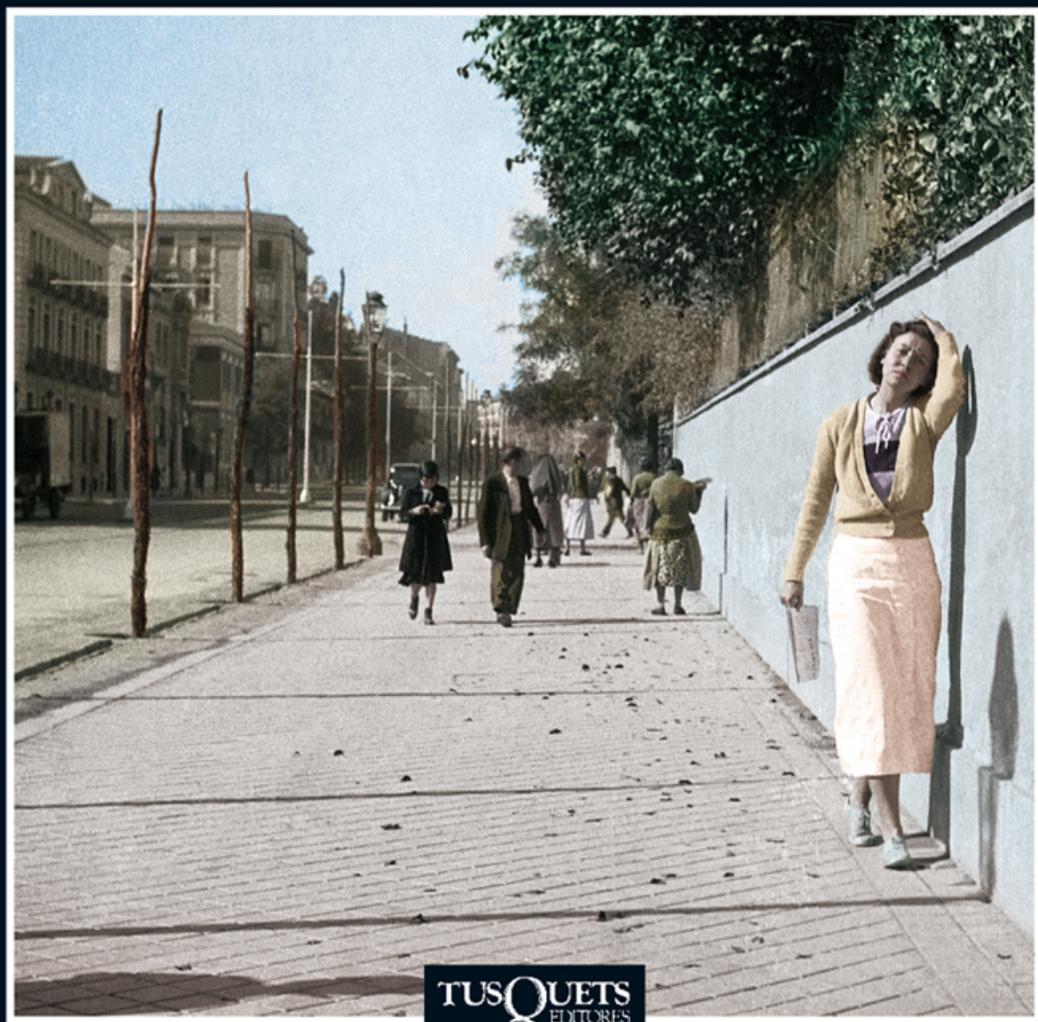


EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

Almudena Grandes  
LAS TRES BODAS  
DE MANOLITA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

ALMUDENA GRANDES  
LAS TRES BODAS DE MANOLITA

El cura de Porlier, el Patronato de Redención de Penas  
y el nacimiento de la resistencia clandestina contra el franquismo,  
Madrid, 1940-1950

Si en el firmamento poder yo tuviera,  
esta noche negra lo mismo que un pozo,  
con un cuchillito de luna lunera,  
cortara los hierros de tu calabozo.  
Si yo fuera reina de la luz del día,  
del viento y del mar,  
cordeles de esclava yo me ceñiría  
por tu libertad.

¡Ay, pena, penita, pena!, ¡pena!,  
pena de mi corazón,  
que me corre por las venas, ¡pena!,  
con la fuerza de un ciclón.  
Es lo mismo que un nublado  
de tiniebla y pedernal.  
Es un potro desbocado  
que no sabe adónde va.  
Es un desierto de arena, ¡pena!,  
es mi gloria en un penal.  
¡Ay, pena! ¡Ay, pena!  
¡Ay, pena, penita, pena!

Rafael de León (Quintero, León y Quiroga),  
«¡Ay, pena, penita, pena!» (1952)

# I La señorita Conmigo No Contéis

En los buenos tiempos, las jovencitas se casan por amor. En los malos, muchas lo hacen por interés. Yo me casé con un preso en los peores, por dos multicopistas que nadie sabía poner en marcha. Tenía dieciocho años, y hasta que a mi hermano se le ocurrió complicarme la vida, ni siquiera sabía que existieran máquinas con ese nombre.

—¿Pero tú estás tonto, o qué? —le interrumpí a voz en grito—. ¡Sí, hombre, como si no tuviera yo ya bastantes...!

Problemas, iba a decir, pero Toñito se levantó de un salto para sujetarme la cabeza con una mano mientras me tapaba la boca con la otra.

—¡Que no chilles! —susurró, con tanta violencia como si pudiera triturar cada sílaba entre los dientes—. ¿Tienes una idea de la cantidad de policías que puede haber ahí abajo? —asentí con la cabeza, los ojos cerrados, y me fue soltando muy despacio—. Tú sí que estás tonta, Manolita.

*Señor farolero que enciende el gas, dígame usted ole por caridad, por caridad...* La voz de Jacinta, un pito agudo, ligeramente desafinado, cuya principal virtud consistía en dar a las bailaoras del conjunto la oportunidad de recogerse los volantes con una mano y enseñar las piernas mientras taconeaban como si tuvieran alguna cuenta pendiente con las tablas, resonó entre nosotros con tanta nitidez como si fuéramos invitados del comensario de Centro, que siempre contaba con una mesa reservada al borde de las candilejas, justo debajo del almacén de vestuario donde las chicas tenían escondido a mi hermano. Un instante después, se abrió la puerta y Dolores, la sastra, las tijeras

columpiándose en la cadena que llevaba siempre colgada del cuello y un dedal de plata encajado en el dedo corazón, asomó la cabeza con las cejas levantadas, los labios tensos, una expresión de alarma que Toñito deshizo enseguida, moviendo al mismo tiempo la cabeza y las manos para indicar que no había peligro. Cuando se marchó, Jacinta repetía por última vez el estribillo, *¡ay, ole con ole, y olé, y olá!*, pero ninguno de los dos movimos un músculo hasta que estallaron los aplausos.

—Escúchame —sólo entonces mi hermano, que se sabía el espectáculo de memoria, volvió a hablar—. Lo único que te pido es que me escuches.

La habitación, cuadrada, espaciosa en origen, estaba dividida por dos cortinas sucesivas de trajes de flamenca, una marea de flecos y volantes de todos los colores que colgaban de las barras de metal fijadas a las paredes. En la mitad más próxima a la puerta, donde Toñito me estaba esperando cuando llegué, sólo había una mesa y una silla, la oficina en la que Dolores llevaba la contabilidad de los trajes que iban y venían del tinte, las cremalleras que se estropeaban y los zapatos que necesitaban tapas o medias suelas. Mientras las chicas volvían a taconear, para ir saliendo del escenario de perfil, una por una, mi hermano apartó con las dos manos los vestidos de la primera barra, luego de la segunda, para abrir un túnel entre los faraloes con movimientos veloces, tan precisos que cuando me encontré al otro lado de los trajes, la Palmera seguía acompañando con sus castañuelas a la última bailaora. Antes de que sus dedos descansaran, todas las perchas estaban en su sitio, Toñito sentado en una butaca y yo en un taburete, frente a él.

Al otro lado de aquella ondulante muralla de lunares de todos los colores, estaba la ventana por la que mi hermano entraba y salía a su antojo de lo que en origen no había sido otra cosa que la sala de pruebas del tablao, un escondite donde las flamencas podían desnudarse tranquilamente para probarse vestidos mientras Dolores las estudiaba con media docena de alfileres entre los dientes. Desde que terminó la guerra, aquella mitad de la habitación era, además, la sala de estar de Antonio Perales García, un militante de la JSU que se desvaneció para

el mundo el 7 de marzo de 1939, y del que yo sólo llegué a saber una cosa más antes de la Navidad del mismo año.

—Está bien.

Dos semanas después de que mi hermano mayor desapareciera, cuando nos levantábamos todas las mañanas con el presentimiento de que Franco iba a entrar en Madrid sólo para acostarnos, una noche más, con una incertidumbre peor que la derrota, no reconocí a la mujer que me esperaba en el portal. Ella se dio cuenta y se quitó el pañuelo, oscuro, discreto, tan insólito como el amplio abrigo de paño que la envolvía, antes de susurrarme esas dos palabras, está bien. Con eso debería haber bastado, pero al oír su voz me quedé tan pasmada que no fui capaz de relacionar lo que veían mis ojos con lo que acababan de escuchar mis oídos, hasta tal punto me paralizó el asombro que ni siquiera acerté a asentir con la cabeza.

—Tu hermano Antonio —puntualizó ella entonces, sin levantar la voz pero pronunciando muy bien cada sílaba, como si se estuviera dirigiendo a una niña retrasada—, que está muy bien. Está conmigo.

Luego volvió a ponerse el pañuelo y salió a la calle sin despedirse sobre unos zapatos planos que habrían bastado para camuflarla, porque hasta que la vi tan cerca del suelo, aquella mañana, jamás habría imaginado que apenas fuera más alta que yo.

Eso era lo primero que llamaba la atención en ella, su forma de caminar, porque se movía con tanta gracia como una bailarina descalza sin apoyar más que las plantas de los dedos, los empeines casi verticales por obra de unos tacones finísimos que la elevaban muy por encima de su reputación. Aquel prodigio de equilibrio parecía a punto de derribarla en cada paso, pero la mantenía erguida a costa de desplazar rítmicamente sus caderas, chin, chan, a un lado y al otro, para crear una ilusión de inestabilidad perturbadora que repercutía en todo su cuerpo, los pechos bamboleándose al compás que las piernas marcaban al avanzar, con tanta fuerza que un mínimo e instantáneo temblor sacudía al mismo tiempo su trasero. Antes de la guerra, cuando se vestía para dar espectáculo, pocos eran com-

parables al que aquella mujer ofrecía gratis cada tarde, camino del trabajo.

—Joder, Eladia... —y a las ocho y media en punto, siempre que estaba en casa, mi hermano bajaba corriendo al portal, para apoyarse en la fachada y disfrutar de cerca de los efectos de la cuesta arriba sobre aquel extraordinario fenómeno de reposo y movimiento—. ¡Pero qué buena estás, hija mía!

Carmelilla de Jerez, el nombre artístico con el que la anunciaban los carteles del tablao de la calle de la Victoria donde entraba a trabajar a las nueve, tenía el cuello largo y blanco, terso y esbelto como los brazos, las piernas que nunca dejaba de mover aunque se volviera a veces a increpar a su admirador con un desprecio que sólo servía para hacerle reír.

—No me mires tanto, Antoñito, no te vayas a marear —y cuando estaba de buen humor, le insultaba y todo—. Que no eres hombre tú ni para eso.

Pero no solía estar de buen humor, y pasaba de largo por nuestro portal, el número 19 de la calle Santa Isabel, sin mover un ápice aquel cuello de emperatriz que parecía hecho para cubrirlo de collares, vueltas y más vueltas de perlas y brillantes abrazándolo por completo hasta besar su barbilla, que en otra mujer sería demasiado puntiaguda pero en su rostro ambiguo, extrañamente mestizo, resaltaba mejor que ningún carmín la carnosidad de sus labios gruesos, aquella boca exótica, dibujada con un lápiz certero, imborrable, favorecida a su vez por los pómulos marcados, las quijadas largas y huesudas de su familia materna. Nadie, tampoco ella, seguramente ni siquiera su madre, conocía con certeza la identidad del hombre que la engendró, pero al mirarla era fácil sentir la tentación de absolverle, porque había compensado su desertión con dos ojos negros, enormes, más valiosos que sus apellidos, que en otra mujer estarían tal vez demasiado juntos, en ella no. El rostro de Eladia Torres Martínez se beneficiaba de la superposición de diversos errores, todos ellos admirables, como su nariz fea, grande, ligeramente aguileña y sin embargo perfecta, hasta hermosa en aquella cara desequilibrada que extraía una armonía sublime de sus imperfecciones, el contrapunto ideal del cuerpo de hue-

sos largos y curvas pronunciadas que Toñito miraba, mientras se perdía entre el barullo de los puestos del mercado, con el orgullo de un propietario que exhibe a su yegua favorita.

—Esa está loca por mis huesos.

—¡Sí, hombre! —me burlaba yo—. Pa chasco, no hay más que verla...

Pero que aquella mujer le hubiera salvado la vida, no me habría sorprendido tanto. La que vino a buscarme en marzo de 1939, se llamaba igual y parecía la misma, pero ya no lo era. La guerra había hecho aflorar lo mejor, pero también lo peor de todos nosotros, hasta convertirnos en personas diferentes de las que habríamos seguido siendo en la paz.

En la primavera de 1936, yo no había cumplido aún catorce años, pero apenas reconocía en Toñito al muchacho que había sido una vez mi hermano mayor. Desde que ganaba su propio sueldo en el almacén de semillas que padre tenía en la calle Hortaleza, apenas venía por casa para encerrarse en el baño y salir hecho un pincel, a tiempo de ver pasar a Eladía. Después se iba por ahí, llegaba tan tarde que todas las mañanas se le pegaban las sábanas y se marchaba corriendo, sin pararse a desayunar. En teoría, era yo la que estaba creciendo, pero desde que nos instalamos en Madrid, él había crecido mucho más deprisa, por fuera y sobre todo por dentro, para atravesar de un salto, antes de plazo, la barrera que se interponía entre el jardín de los niños y la selva de los adultos. Y sin embargo, cuando ya lo daba por perdido, la guerra me lo devolvió.

No era sólo que volviera a pasar todas las tardes en casa. Era también su entusiasmo, esa energía juvenil y repentina que había pulverizado de un día para otro una lánguida indolencia de hombre guapo, la chulería risueña, extraña, que en los últimos meses enturbiaba sus ojos con un velo oscuro, cultivado en noches de excesos cuya naturaleza yo ni siquiera podía imaginar. Sus amigos del barrio, Julián el Lechero, el Puñales, el Orejas, el Manitas, venían de vez en cuando a preguntar por él y nunca le encontraban. ¡Qué tío!, solían decir, con un gesto que expresaba más admiración que envidia, cuando les decía que, una vez más, se había marchado sin decir adónde.

—Tu hijo me tiene ya hasta la raíz del pelo, mira lo que te digo... —nuestra madrastra, a cambio, apreciaba muy poco sus nuevas costumbres—. Y si es tan hombre para golfeear, debería serlo también para darme su sueldo.

—¿Y por qué? —pero en este mundo no existía nada que a mi padre le gustara tanto como golfeear, y por eso siempre se ponía de parte de aquel chico que cada día se le parecía un poco más por fuera, pero también por dentro—. Ya te doy yo el mío, ¿no? Déjale que la corra, María Pilar, que para eso es joven...

A partir de ahí, todo dependía del pie con el que mi madrastra se hubiera levantado aquella mañana. Porque todos sabíamos que él reservaba para sus gastos una parte de los beneficios del negocio. Y que si su mujer se atrevía a reprochárselo, era muy capaz de marcharse por la puerta para no volver a entrar en tres días. Y que Toñito le cubriría en el almacén de mil amores, los mismos con los que le absolvía él cuando llegaba a trabajar con resaca a mediodía. Por eso, María Pilar casi siempre acababa callándose, y yo pensando que nunca en la vida cometería el error de casarme con un hombre guapo.

Mi padre y mi hermano lo eran mucho, y de la misma manera. Altos, apuestos, robustos pero musculosos, ágiles y corpulentos como atletas, más atractivos que bonitos de cara, tenían los ojos grandes, dulces, el carácter en la nariz, en las mandíbulas, los labios finos. Se parecían tanto que, de lejos, hasta sus admiradoras les confundían, y tenían tanto éxito con las mujeres que algunas, como la hija de la portera, coqueteaban con los dos a la vez.

—Es un suponer, claro —me confesó un día que estaba frengando el descansillo y les vio salir juntos, bajar trotando por la escalera—, porque tu padre está casado, y es... Es tu padre, ¿no? Pero si estuviera viudo, por ejemplo, y yo tuviera que escoger entre los dos... Me resultaría difícil, no creas.

—¿Sí? —y me quedé mirando aquella cara de pánfila—. Pues yo creo que en tu caso sería bastante fácil, Luisi...

Me guardé para mí la segunda mitad de la frase, porque precisamente tú no tendrías nada que hacer con ninguno de los dos, pero ella la entendió lo suficiente como para devolvérmela.

—En fin, qué pena, ¿no? Que tú no hayas salido parecida...

Le cerré la puerta en las narices por no darle la razón, pero no pude evitar que lo hiciera el espejo del recibidor. Yo me parecía a mi madre, porque había heredado la forma de su cara, una torta un poco más redonda de lo que me habría gustado, los mofletes carnosos y los ojos oscuros, pequeños como botones, aunque nada me gustaba menos que mi pelo. Lo peor era que ni siquiera sabía de dónde había salido aquella ingobernable maraña de rizos diminutos, tan espantados como si una corriente eléctrica los achicharrara sin pausa, de la mañana a la noche. Cada semana, me gastaba la paga entera en cintas, en peinetas, en horquillas, y nunca sabía qué hacer con ellas, con ese pelo africano que se burlaba de mí, un misterio comparable a las piernas cortas, las manos de muñeca, el menudo tronco que me condenaba a parecer una niña perpetua en una familia de altos, los hombres recios como árboles, las mujeres esbeltas como juncos. Yo había salido a mi madre, pero no del todo, porque lejos de heredar un cuerpo, había heredado su miniatura, una réplica de proporciones fieles a la que, sin embargo, le faltaba casi un palmo para alcanzar las dimensiones del original. Con nueve años, cuatro menos que yo, a mi hermana Isabel le faltaban dos dedos para alcanzarme.

Quizás por eso el regreso de Toñito me sentó tan bien. Mientras él volviera a comportarse como un hermano mayor, yo ocuparía un lugar a su derecha, conformándome con reflejar la autoridad que su huida me había forzado a ejercer antes de tiempo. Pero, además, daba gusto verle. Nunca me había parecido tan guapo como entonces, cuando se ponía lo primero que encontraba en el armario y se peinaba con las manos, ni rastro de colonia, antes de sentarse en la mesa de la cocina, las mejillas arboladas, el gesto firme, los ojos ardiendo en una luz semejante a las llamas de la fiebre, para escribir en unos papelitos sueltos que iba regando luego por toda la casa. Nunca le había visto sonreír tan seguido como en aquellas tardes de verano de 1936, cuando el timbre de la puerta celebraba la caída del sol con un estruendo interminable de ruidos y de abrazos, el Manitas, el Orejas, el Puñales y otros muchos, chicos y chicas a los que a veces conocía de vista, otras ni eso.

—Si queréis —por aquel entonces, hasta la Luisi aparecía vestida de domingo, con un pañuelo rojo alrededor del cuello, un cuaderno, un lápiz, y unas ilusiones tan inflamadas como el tono de un colorete digno de un apache en pie de guerra—, yo hago de secretaria, ¿eh? ¿Qué te parece, Antonio?

—Muy bien, camarada —él la miraba a los ojos y sonreía con ellos, con los labios a la vez—, muchas gracias...

La Luisi no era la única que confundía el fervor revolucionario de mi hermano con un fantasmagórico indicio de favor, una inclinación que Toñito no sentía hacia ninguna de las muchachas que abarrotaban la salita mientras yo, que sabía cuál era la única que le gustaba, vigilaba la calle desde el balcón, para dar el agua en el instante en que viera a nuestra madrastra bajando por la acera desde la glorieta de Antón Martín.

A finales de julio, María Pilar se había dado por despedida de la casa en la que había trabajado como cocinera durante los últimos cinco años. Su patrón, un aristócrata que no habría necesitado casarse con una sobrina de Romanones para ser un gran señor, le había pagado tres meses por adelantado antes de marcharse a pasar las vacaciones en su residencia de Cestona. Cuando ya estaba claro que no iba a volver, María Pilar aceptó un nuevo empleo en las cocinas del hotel Gran Vía, cuya situación estratégica, frente a la Telefónica y a dos pasos de la Puerta del Sol, había convertido su restaurante en uno de los más frecuentados de la ciudad. Por eso, porque a menudo los corresponsales y diplomáticos extranjeros aparecían por allí con la intención de cenar, mientras los españoles estaban apurando todavía la enésima copa destinada a digerir mejor la comida, era imposible prever la hora de su regreso.

—¡Ah, no! —cuando Toñito intentó convencerme de que me uniera a ellos, me negué en redondo—. Conmigo no contéis.

Y todo lo que acepté fue la modesta misión de espionaje que les permitía disolverse antes de que la dueña de la casa entrara por la puerta. Luego, mientras salían disparados por la escalera, me tocaba a mí vaciar los ceniceros, retirar los vasos, pasar una bayeta por el cristal de la mesa camilla y mullir los cojines

a toda prisa, nunca tanta como para convencer a María Pilar de que allí no había pasado nada.

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo? —entonces, de propina, también me tocaba la bronca correspondiente—. ¡No quiero política en mi casa! El que quiera hacer política, que se vaya a la calle. ¡A la calle, que es la casa de los muertos de hambre!

Para ella, que llevaba toda la vida sirviendo a grandes señores, la proclamación de la República había aparejado una catástrofe parangonable al fin del mundo. La representación cotidiana de aquella gran señora que se recogía la falda para no ensuciarse con el polvo de sus vecinos, los desheredados, mientras subía por la escalera, fue dejando de tener sentido en la misma medida en la que Toñito se iba convenciendo de que el impulso liberador de las masas españolas encerraba, en la senda de la gloriosa revolución soviética, la semilla de la emancipación, el bienestar y el futuro de la Humanidad. Ella, que no se resignaba a la deserción de sus admiradoras, unas pobres muchachas dispuestas a lo que fuera con tal de llegar a ser algún día tan elegantes como la señora María Pilar, entre otras cosas porque no sabían que iba vestida con los modelos que su patrona desechaba diez o quince años después de que hubieran sido el último grito, lo explicaba de otra manera.

—Así no se puede vivir —porque ninguna se acercaba ya a pedirle que le enseñara esa fotografía donde la señora duquesa recibía en su palacio a Victoria Eugenia, con una reverencia que revelaba en segundo plano a su cocinera, cara de circunstancias y un delantal tan tieso que se tenía solo de puro almidonado—. Esta gentuza, tan crecida, que tutea a todo el mundo y no respeta nada... No sé adónde vamos a ir a parar, con tanta ordinariez.

A veces pensaba que, si ingresaba en la JSU, como quería Toñito, yo también podría salir corriendo por la escalera, dejando el cuarto de estar hecho una pocilga que mi madrastra tendría que limpiar y ordenar en persona, antes de echarle la bronca al canario. Pero estaba demasiado cansada como para cargar encima con una de esas secretarías que mi hermano y sus

amigos se repartían alegremente, como si se repartieran algo, pensaba yo, como si de verdad creyeran que las decisiones que tomaban en aquellas reuniones iban a influir en el destino de todos nosotros.

Yo quería mucho a Toñito y sus camaradas no me caían mal. No me los tomaba en serio pero sabía que eran buenos chicos, con buenas intenciones, y aunque me limitaba a decir para mí misma que me hacía gracia, la verdad era que el Orejas me gustaba, porque físicamente no valía mucho, pero se las sabía todas, todos los chistes, todas las galanterías, un arsenal de chascarrillos que habrían bastado para engatusar a una piedra.

—Vaya usted con Dios, señora —decía siempre que María Pilar y yo nos lo cruzábamos por la calle—, y la niña, conmigo.

Mi madrastra recibía con una sonrisa aquellos piropos airosos, tan castizos como impregnados de la delicadeza del ingenio, pero yo no estaba acostumbrada a que los chicos se fijaran en mí. Y aunque sabía que el Orejas repartía sus gracias entre todas las muchachas del barrio, de vez en cuando cedía a la tentación de hacerme unas ilusiones que se nutrían de su desconcertante inconstancia. Los otros amigos de Toñito siempre me trataban igual, con la misma familiar indiferencia que derramaban sobre mis hermanas, pero él, que casi siempre pasaba por mi lado como si no me viera, algunos días presumía de saber mirarme de otra manera.

—Ayer te vi salir del metro y no te reconocí, Manolita. Te confieso que te seguí por la calle hasta que te vi entrar en el portal. Estás hecha una mujer, parece mentira...

Yo desconfiaba de la sinceridad de aquellas confesiones, pero eso no impedía que me pusiera colorada al escucharle, ni que él sonriera a mi sonrojo, como si estuviera satisfecho de su dominio sobre el color de mis mejillas. Quizás por eso puso tanto o más empeño que Toñito en reclutarme, y a punto estuvo de conseguirlo.

—Anda que el Roberto, también, menudo sinvergüenza...

Hasta que una tarde me encontré con Luisi consolando a su prima en la escalera, porque Leonor acababa de enterarse de que el Orejas había incorporado al grupo a María, la hijastra

de la portera del 15, alardeando ante sus amigos de que unos días antes la había seguido por la calle para mirarle las piernas. Hay que ver, les dijo, se ha convertido en un pedazo de mujer sin que nos hayamos dado cuenta...

—Lo mismo, lo mismito que le decía a Leo —me explicó Luisi en un aparte—. Ella estaba extrañada de que, después de cortejarla tanto, ya no la hiciera ni caso, y resulta que hace lo mismo con todas.

Entonces, aunque eso no significaba que hubiera dejado de gustarme, decidí que no me pondría colorada nunca más, y su chispa acabó volviéndose en mi contra. Porque fue él quien me puso aquel mote tan gracioso, que hasta yo habría celebrado entre carcajadas si no me hubiera sentado tan mal.

—Pero mirad quién está aquí... —proclamó una tarde al descubrirme en mi atalaya del balcón—. ¡La señorita Conmigo No Contéis!

Claro que, por mucho y muy alto que gritara ¡muerte al fascismo!, el Orejas no tenía que levantarse a las seis de la mañana para poner el cocido en el fuego, ni despertar a Isabel para dejarla encargada de los pequeños, ni abrir el almacén de la calle Hortaleza a las ocho en punto, ni cerrarlo a la una y media para volver a casa corriendo a recoger tres tarteras, ni llevarle una a su padre y otra a su hermano a sus respectivos cuarteles para liquidar la suya de pie, en la trastienda, tres minutos antes de abrir otra vez, ni llegar a su casa a media tarde para encontrárselo fumando con sus amigos en el cuarto de estar. El Orejas no había tenido que abandonar a los catorce años un trabajo que le gustaba para hacerse cargo él solo de los trabajos de los demás. Todo eso le había pasado a la tonta de Manolita, al Orejas no.

En mi casa, la guerra le había sentado estupendamente a todo el mundo menos a mí. Los hombres se habían librado del frente, porque corrieron tanto para ofrecerse voluntarios que a uno lo rechazaron por demasiado mayor, y al otro por todo lo contrario. Pero, a los treinta y siete años, mi padre era lo suficientemente joven como para cubrir una de las bajas que los combatientes habían causado en la Guardia de Asalto, y a los dieciocho,

mi hermano lo bastante maduro como para trabajar en las oficinas de Capitanía. El resultado fue que una semana después del golpe de Estado, los dos tenían ya un destino mucho más entretenido que pasarse las horas muertas despachando alpiste.

María Pilar, por su parte, dejó de quejarse mucho antes de lo que ella misma se habría atrevido a sospechar. Perdido su prestigio de experta en joyas, a la que todas las mujeres del barrio le llevaban las que tenían para que dictaminara si eran regulares —porque aquí, hija mía, solía desanimarlas antes de coger la lupa, buena, lo que se dice buena, ya puedes estar segura de que no hay ninguna— o simples baratijas, y arruinada la reputación de maestra de protocolo que la había consagrado como consejera de bodas y bautizos entre los tenderos prósperos de Antón Martín, la desaparición de la Corte impulsó su vida por la pendiente de una vulgaridad insufrible hasta que a finales de noviembre de 1936, al tocar fondo, rebotó.

Ella conocía tan bien a sus señores que nunca dudó de que entrarían en Madrid en el instante en que se les antojara y punto final. Su derrota la dejó con la boca abierta, una perplejidad que la transformó en una mujer desconocida, suave como la seda, tan absorta en sus pensamientos que, en lugar de dar órdenes, contestaba a las preguntas con monosílabos. Tal vez por eso, ninguno de nosotros llegó a escuchar el frenético rumor de la máquina de calcular que sumaba y restaba cifras en la trastienda de su cerebro.

Cuando ya nadie dudaba de que la guerra sería larga, María Pilar descubrió, gracias a su trabajo en el hotel Gran Vía, que había nacido una nueva aristocracia, periodistas extranjeros, escritores célebres, diplomáticos refinadísimos, consejeros militares, españolas inauditas que sabían fumar y enroscarse alrededor de los hombres poderosos como si fueran francesas, misteriosas tertulias en las que se decidía el curso de la guerra o, en pocas palabras, el selecto cogollito de unos pocos que sabían lo que había que saber, un medio en el que ella nadaba igual que un pez en el agua. A partir de entonces, hizo nuevas amistades, emprendió nuevos negocios y prosperó como nunca antes. Así, en el invierno de 1937, recobrado e intacto su carácter,

expulsó sin contemplaciones a los camaradas de Toñito de una sede destinada a albergar muy pronto a los miembros de una extraña sociedad.

—Buenas tardes, hijita... —al encontrarme en el umbral a aquel individuo estrafalario, la cabeza cubierta por una chistera vieja y pelada, roída por los bordes, y una levita negra del siglo pasado, creí que era un actor que se había escapado de un teatro—. ¿Tendrías la bondad de avisar a la señora de la casa de que el mayordomo del marqués de Hoyos espera el placer de verla?

—¿Qué? —pregunté a mi vez, tan atónita que habría apostado cualquier cosa a que no me cabía ni un gramo más de asombro en el cuerpo, y habría perdido.

—¡Don Eusebio! —porque en ese momento, una María Pilar por la que no había pasado la última década, a juzgar por la túnica de seda amarilla, bordada con hileras de lentejuelas y cuentas de cristal, que hacía juego con el turbante que llevaba en la cabeza, tendió las manos hacia el recién llegado como si pretendiera sacarle a bailar un charlestón—. Placer el mío, y extraordinario, no lo dude, al recibirle en esta casa que, desde ahora mismo, es la suya.

—Mil gracias, querida amiga, por este honor que no merezco, pero dígame... —y mientras le veía besar los dorsos de aquellas manos con unción, comprendí que al principio no iba tan desencaminada, porque aquel diálogo hueco y pomposo, artificial, sólo podía pertenecer a una función, seguramente cómica—. ¿Soy el primero, quizás?

—No, doña Milagros nos está esperando —aunque no logré identificar su título, ni su autor—. Por aquí, por favor, sígame...

Milagros había sido el ama de llaves de uno de los consejeros del Banco de Vizcaya, pero supo arrugar la nariz y extender la mano para que Eusebio la rozara con sus labios, como si sus antiguos amos provinieran de la nobleza más rancia. Y todavía llegaron más, Epifanio, antiguo ayuda de cámara del aristocrático general Weyler, María Teresa, primera doncella de la duquesa de Alba, Mateo, mayordomo en casa de la hija menor

de los duques del Infantado, y Antonia, ama de llaves de los Ruiz Maldonado, una opulenta familia de banqueros de Santander, todos ellos empingorotados con las mejores galas de sus buenos tiempos, como si las ropas, los guantes, los exquisitos modales que los adornaban igual que un aderezo de joyas buenas, de esas que nunca se habían visto en nuestro barrio, pudieran aislarles del signo de una época hostil a través de las reglas de un juego clandestino, inocente en apariencia.

—Usted primero...

—No, por favor...

—Permítame...

—De ningún modo...

—Mil gracias...

—A usted...

—No pueden imaginar hasta qué punto les he echado de menos —después de agotar un catálogo completo de melindres y reverencias, lograron por fin acomodarse y María Pilar tomó la palabra—. Por eso, antes de empezar, quiero agradecerles que hayan aceptado mi invitación.

—Gracias a usted, doña María Pilar, por su generosa hospitalidad, sólo equiparable con su talento —pero fue Epifanio quien se irguió en el respaldo de la silla, mojó un plumín en el tintero, y se dirigió a sus socios con una autoridad arraigada en su pasado militar—. Muy bien, damas, caballeros, creo que lo más urgente es elaborar un orden del día. En mi opinión, deberíamos tratar en primer lugar de la cuestión de las afiliaciones...

En ese momento, María Pilar se levantó y cerró la puerta sin advertir que yo estaba detrás. Creí que no oiría nada más, pero al rato, el tintineo de una campanilla se impuso al discreto rumor de la conversación. Cualquier otro día, no me habría dado por enterada. Yo no era la criada de María Pilar, ni siquiera su hija. No tendría por qué haber acudido a su llamada, pero mi curiosidad pudo más.

—Respecto a las incautaciones... —cuando abrí la puerta, Epifanio seguía dirigiendo la reunión, tan tieso como si se hubiera tragado una escoba—. ¿Tenemos novedades, doña Antonia?

—Perdón —interrumpí con suavidad—, me ha parecido que llamabas, María Pilar.

—Sí, Manolita, es que estaba pensando... ¿Qué podemos ofrecerle a estos señores? ¿Una copita de anís, quizás? —y sin quizás, pensé yo para mí, porque aparte de la botella que ella se había agenciado aquel día en el hotel, sólo teníamos un poco de vino de guisar—. ¿Quién se anima?

Todos lo hicieron de tan buena gana como si supieran lo mismo que yo. María Pilar me dio la llave del aparador con una sonrisa, y después de entregarle la botella, abrí la vitrina para sacar, una por una, las copas pequeñas, talladas en cristal de colores, que mimaba más que a sus hijos. Mientras les iba quitando el polvo con una servilleta y mucha parsimonia, me dio tiempo a escuchar la respuesta de Antonia y algunas intervenciones más.

—Pues sí, lamentablemente tengo novedades, don Epifanio, pero no son buenas. Con mi casa no podemos contar.

—¿Se ha despedido su nieta, acaso? —se interesó Mateo.

—¡Quiá! Mucho peor... —me volví sin hacer ruido y vi que todos la miraban con la misma expectación—. La señorita Inés, la pequeña... Que se ha hecho revolucionaria.

—¡Qué me dice! —Epifanio abrió mucho los ojos.

—Lo que oye —confirmó Antonia con tristeza—. Mi nieta y ella se tutean, y hasta se llaman camaradas la una a la otra, así que...

—¡Igual que mi señor! —gimió Eusebio—. Yo, la verdad, no sé adónde vamos a ir a parar.

—Es que ya nadie respeta nada —asintió María Pilar, mientras abría la botella y empezaba a servir las copas—. Desde luego, no hay quien viva en este Madrid.

—Bueno, bueno, que no cunda el pánico —Epifanio levantó las manos en el aire para pedir calma—. Las excepciones confirman la regla. La inmensa mayoría de los grandes señores ha sabido seguir estando en su sitio.

—Que, para fortuna nuestra, está a muchos kilómetros de aquí —apuntó Mateo con una cauta sonrisa.

—Tiene usted mucha razón, señor mío —Antonia asintió

con la cabeza mientras una lucecita de picardía se abría paso desde el fondo de sus ojos de ratona—. Porque, dentro de lo malo, parece que mi Virtudes y su señorita han montado una oficina del Socorro Rojo, así que, por el lado de las afiliaciones...

—¡Gran noticia, mi querida amiga! —Epifanio se animó enseguida—. Esto puede resultar más importante de lo que parece, ya lo creo que sí...

—Muchas gracias, Manolita —justo entonces, cuando parecía que por fin iba a enterarme de algo, María Pilar se dio cuenta de que yo seguía de pie, al lado de la mesa—. Ya puedes retirarte.